

Índice

Primera parte	7
1	9
2	12
3	17
4	27
5	33
6	37
7	43
8	48
9	50
Segunda parte.....	53
10	55
11	61
12	67
13	77
14	85
15	93

16	98
17	108
18	112
Tercera parte	117
19	119
20	125
21	132
22	138
23	144
24	149
25	155
26	158
27	161
28	163
29	166
30	168
31	170
Cuarta parte	177
32	179
33	189
34	192
35	195
36 y último	201

Primera parte

Acercaos todos y escuchad la historia. Todo empieza en una inmensa carpa de color azul. ¿Podéis oír el sonido de los tambores que os llaman? ¿Y las notas que bailan en esa cajita de música? ¿Sentís el olor a azúcar y caramelo? Fijaos bien. ¿Veis la luces de la carpa? Seguro que jamás visteis una carpa más grande. Dentro caben más de cincuenta elefantes, doscientos tigres y un millar de caballos. Y se alza tan alto que llega hasta el cielo. Tan alto que por la lona azul resbalan las pequeñas chispas que saltan de las estrellas. Dentro viven los seres más mágicos que encontraréis jamás, los que saltan más alto, capaces de volar sin alas; los magos más poderosos, capaces de hacer desaparecer hombres; los acróbatas más valientes, llegados de los lugares más remotos del mundo. Miraos los pies. ¿Veis el humo que los envuelve? La corriente de humo os llevará hasta

vuestros asientos. Entrad y mirad tantas maravillas. Atravesad la puerta que os llevará al Circo de la Noche. Adelante, entonces.

1

—¡Tom! ¿Qué haces entrando por la ventana?
—dijo Charles, que se despertó de repente al oír el golpe en el cristal. ¿De dónde vienes?

—¡Shhh! Calla, Charles, los despertarás a todos.

—Buena la has hecho, Tom. La hermana Mary ha pasado lista después de cenar.

La sala era grande y reposaba en una oscuridad tranquila. Un centenar de camas se alineaban una al lado de la otra y Tom, a pesar de caminar de puntillas, con los viejos zapatos llenos de polvo en la mano, hizo crujir los tablones del suelo de madera. Un niño se removió entre las sábanas de un blanco roto y Tom se quedó inmóvil. Silencio. El niño siguió respirando con la misma calma que antes, Tom suspiró aliviado y de un pequeño salto se tumbó sobre su cama. No era especialmente alto, pero era delgado y ágil, y siempre llegaba el

primero en las carreras, y también era el primero cuando jugaban a los saltos. En esas cosas, nadie le ganaba.

—Tampoco hay para tanto —susurró Tom, que no parecía muy preocupado—. La yegua de Ralph estaba de parto y no iba a perdermelo.

Y al decir eso, a Tom se le iluminaron los ojos como si tuvieran pequeñas chispas en su interior, unos ojos grandes y marrones, acompañados de unas pestañas largas, que acaparaban toda la atención.

—Los animales y tú, Tom. Serán tu perdición. ¿Y qué harás ahora?

—Lo de siempre, Charles. Pediré perdón, me castigarán sin cenar y se habrá acabado todo.

—Mira que eres tonto, Tom. Quiero decir con el circo.

—¿Qué circo? —dijo Tom mientras se quitaba la camiseta llena de barro y deshacía las sábanas.

—¿Es que no te has enterado? Han llegado esta tarde. Solo harán dos funciones. Mañana.

¡El circo! Tom dio un salto. Cualquier cosa para distraerse del aburrimiento de Landau era buena,

pero el circo... Esa era la mejor de las noticias. Charles tenía razón. La había hecho buena.

—¡Bah! El circo. ¿A quién le importa? —dijo, tratando de convencerse a sí mismo.

—¿A quién? ¿Es que estás loco? A cualquiera —dijo Charles—. Quiero ver a la mujer barbuda, y los leones, y los saltos de los trapecistas. Y quiero comprarme una de esas nubes de azúcar que venden en la entrada. ¿Es que no te apetece?

¡Maldito Charles! Siempre tenía razón. ¿Cómo lo haría para poder ir?

“¡Bah!”, se dijo mientras se tumbaba y cerraba los ojos, mañana ya pensaría en algo. Seguro que se le ocurría alguna solución. Y pronto el sueño fue tan fuerte que se durmió profundamente y la gran sala quedó de nuevo en completo silencio, al compás de la respiración de todos aquellos niños y el sonido algo lejano de los pájaros nocturnos que habitaban en los bosques de Landau.